

## NOTA

### DE NUEVO SOBRE *EL CASTELLANO VIEJO* (NOTAS SOBRE FUENTES Y ESTILO)

CARLOS CAMPA MARCÉ  
Universidad de Valencia

Si *El castellano viejo* es uno de los artículos más conocidos y antologados de Larra, tal vez se deba a que es no sólo uno de sus artículos más logrados, y divertidos, sino también uno de los más literarios, entendiendo por ello el hecho de que se aparta de la actualidad noticiosa del momento<sup>1</sup>, para decantarse por una labor de creación pura que, sin embargo, tiene muy presente lo que en términos literarios denominamos la tradición.

Es un texto que ha sido bien estudiado en lo tocante a su fuente básica (la Sátira III de Boileau), por Alan S. Trueblood y Ricardo Senabre, y en lo que se refiere al carácter de su técnica satírica por Vicente Cabrera. El renovado placer que me ha proporcionado una reciente revisión me ha llevado a indagar algo más en su textura. Fruto de esa indagación son estas consideraciones de dos tipos que querría hacer: unas a propósito —una vez más— de las fuentes; otras a propósito de un uso estilístico de carácter humorístico al que Larra saca un considerable partido.

---

<sup>1</sup> Esa consideración periodística al asunto del día llega a irrumpir, contra cualquier pronóstico y constituyendo un caso de lesa decoro narrativo, incluso en su novela histórica *El doncel de don Enrique el Doliente*. Como cuando en el capítulo 32 el narrador se permite los siguientes comentarios: «La superficie de cada mesa (...) se tambaleaba, además, y cedía al menor impulso con la misma flexibilidad que un periódico ministerial del día», o «La llama del hogar, oscilante y tan indecisa como un gobierno del *justo medio*, alumbraba (...)». Ambos en la pág. 338 de la edición manejada.

SOBRE FUENTES...

Bastante —y bien— se ha escrito, como decíamos, sobre nuestro objeto de estudio. Se ha puesto de relieve cómo Larra sigue bastante de cerca una sátira de Boileau, la tercera, conocida como *Le repas ridicule*, que a su vez se basa en una sátira de Horacio (II, 8): aquella en que Fundanio le cuenta a Horacio el banquete que Rufo Nasidieno ofreció a Mecenas, y en que la suntuosidad de los manjares quedó deslucida por la pedante insistencia del anfitrión en explicar hasta las más mínimas particularidades de los platos e ingredientes, por cierta falta de formas de unos criados contratados para la ocasión, por una perceptible tacañería en el escatimar el vino —poco bueno, por otra parte—, y por un suceso intempestivo que se produce al desplomarse un tapiz que levanta una nube de polvo. Como el anfitrión insiste en sus lecciones gastronómicas, los convidados se levantan y abandonan la reunión sin probar los platos.

La sátira de Boileau sigue de cerca el modelo horaciano, en la medida en que es una sátira contra el refinamiento ridículo de ciertos *gourmets* de su época. Es una sátira donde abundan los nombres propios, y donde, hacia el final, es una discusión literaria la que desencadena una catástrofe que empieza con una riña entre dos comensales. Ahora bien en el discurrir de sus alejandrinos, Boileau incorpora multitud de detalles que no existían en el original latino y que serán los que tenga muy presentes Larra en la composición de su obra. Desde el abordaje de un amigo impertinente que le fuerza a comer con él hasta la deprecación final con que el protagonista abandona el lugar, pasando por el señuelo de unos invitados interesantes que conduce a la decepción por su ausencia, las apreturas de la disposición en la mesa, la confusión entre gallo y capón de un volátil que se sirve, el comentario obsequioso de los platos, la escasa calidad del vino, la comida quemada, la torpeza de los criados, las señales grasientas en los vasos y la catástrofe final (en Boileau fruto de una riña; en Larra, del fallido intento de trincar el gallo/capón).

Por supuesto que, junto a todas estas similitudes, hay también notables diferencias. Para comenzar, el objetivo de la sátira de Larra es diferente al de Boileau (y Horacio): se trata ahora de criticar la falta de educación y modales de un tipo humano, el castellano

viejo, que peca de burdo e insensible, cuando sólo quiere ser franco y directo. La sátira de Larra, sin nombres propios, es de tipo más general y filosófica, mientras que la de Boileau era un sátira *ad hominem*<sup>2</sup>.

Una diferencia fundamental en cuanto a la estructura de los textos (aparte del hecho de que el artículo de Larra es bastante más extenso que los poemas de Boileau y Horacio, lo que le permite explicarse más en ciertos detalles y comentarios) es que Fígaro-Larra es el protagonista de *El castellano viejo*, mientras que en los otros dos escritos los autores sólo son receptores del relato de un amigo que asistió al convite. A propósito de esto escribe Trueblood: «Lo que da el tono romántico es la presencia, constantemente sentida, del autor acosado y obsesionado. (...) Larra, antes de adoptar el marco de Boileau, comienza por presentarse a sí mismo, con su personalidad de periodista bien conocido de sus lectores, caminando solitario por las calles en busca de material para un artículo» (p. 234).

Estoy de acuerdo en que esa presencia es una de las cosas que da el tono romántico al artículo, pero curiosamente es esa presencia inicial la que procede de otra fuente horaciana que, en lo que alcanzo, no ha sido señalada por la crítica. Me refiero al comienzo de la sátira (I, 9), en que Horacio se encuentra con un pelmazo del que no consigue librarse, y que le hace pasar un mal rato.

En la traducción de Alfonso Cuatrecasas este fragmento reza así:

Paseaba casualmente por la Vía Sacra pensando, como es mi costumbre, en no sé qué nimiedades, completamente enfrascado en ellas. Un individuo al que conocía sólo de nombre se me acerca corriendo y cogiéndome de la mano: «¿Qué haces, mi más querido amigo?» «Muy bien por ahora», digo «y deseando complacerte». Como siguiese a mi lado, «¿Deseas alguna cosa?», le pregunto. Y él: «Me conoces», dice, «soy un intelectual». Le digo: «Te tendré en más estima por ello.» Buscando angustiosamente escaparme de él [...] el sudor corría hasta mis pies<sup>3</sup>.

Aparte de las coincidencias entre este comienzo y el de Larra (paseo casual por la ciudad embebido en sus pensamientos, encuentro inesperado acompañado de cierto abuso físico, malestar del pro-

<sup>2</sup> Tal como, por otra parte, defiende cada uno en sus consideraciones teóricas al respecto: «Discours sur la satire» de Boileau; «De la sátira y los satíricos» de Larra.

<sup>3</sup> El original latino comienza así: «Ibam forte via sacra, sicut meus est mos, / nescio quid meditans nugarum, totus in illis: / acurrit quidam notus mihi nomine tantum / arreptaque manu «quid agis, dulcissime rerum» (...)»

tagonista e intento de escabullirse), en el resto de la sátira hay algún que otro punto de contacto más con el artículo de Larra: las majaderías que dice el interlocutor indeseado, las respuestas mordaces del protagonista, e incluso hacia el final, cuando el pelmazo es encontrado por quien tiene que litigar contra él, termina Horacio: «Se lleva al otro, a rastras, al juicio: *gritos por ambas partes: afluye gente de todas partes*. De esta manera me salvó Apolo».

¿No recuerda esto a Larra: «Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, *alborota la calle y pónenos a entrambos en escena*»?

Creemos que, en efecto, Larra estaba practicando en este artículo la *imitación compuesta* que cultivaban los renacentistas<sup>4</sup>, y que si bien su fuente básica es Boileau, tal como se ha venido señalando, también tuvo muy presente a Horacio en el pasaje inicial. El *motivo del encuentro inesperado e indeseado* es el elemento que sirve de enlace entre ambas fuentes y, curiosamente, este motivo está presente en Boileau. Me explico: en la inicial y tan citada fuente horaciana de Boileau (sátira II, 8) no existe el encuentro intempestivo con un conocido, que sí aparece en la que estoy proponiendo como fuente secundaria (sátira I, 9). Pero Boileau, por su parte, en su sátira III lo utiliza. Cuando comienza a contar su historia el testigo de los hechos, se expresa así:

Je sors de chez un fat, qui pour m'empoisonner,  
Je pense, exprés chez lui m'a forcé de dîner.  
Je l'avois bien prévu. Depuis près d'une année  
J'eludois tous les jours sa poursuite obstinée.  
Mais hier il m'aborde, et , me serrant la main,  
Ah! monsieur, m'a-t-il dit, je vous attends demain.

¿Quiere esto decir que ya en la sátira de Boileau comparecían las dos fuentes horacianas de que hablamos? Todo parece indicar que así sea, pero lo destacable, en ese caso, es cómo Larra se remonta al texto original e introduce elementos que no contempló Boileau.

Sorprendente resulta, en un romántico (pero se trata de un romántico muy ilustrado), la utilización de un procedimiento compo-

<sup>4</sup> Rafael Lapesa, en «El beodo frente al literato en San Agustín y Larra», ha estudiado cómo, para «La nochebuena de 1836», Larra utiliza también una conjunción de fuentes: la dominante es horaciana (Sátira, II, 7), pero utiliza además un episodio del libro VI, capítulo 6 de las *Confesiones* de San Agustín. Lapesa documenta, también, cómo Horacio y los padres de la iglesia habían sido lecturas habituales en la formación de Larra. Para la noción de imitación compuesta, cfr. Lázaro Carreter.

sitivo propio de escritores clásicos (y clasicistas)<sup>5</sup>. Sin embargo, no termina aquí el empleo de este proceder imitativo, como veremos cuando nos acerquemos al uso estilístico que quiero examinar.

### ... Y ESTILO

El rasgo de estilo, cuyo extraordinario rendimiento humorístico me ha llamado la atención en *El castellano viejo*, es el siguiente: el contraste que se produce por la utilización de un léxico culto (con frecuencia un tecnicismo perteneciente a un lenguaje especializado) para referirse a una realidad vulgar. La incongruencia entre término y referente provoca efectos de comicidad irresistible. Veamos algunos ejemplos:

«y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles».

Tenemos aquí dos expresiones cultas, *cuerpos elásticos* (que pertenece al lenguaje de la física) y *seres gloriosos e impasibles* (que en lenguaje teológico se refiere a los ángeles o bienaventurados), para referirse a la aspereza del contacto y posterior malhumor de los distraídos con que choca.

Del lenguaje matemático procede la siguiente de estas expresiones que vamos a comentar: «¿Quién soy?», gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy». «Un animal [irracional]», iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y *sustituyendo cantidades iguales*: «Braulio eres», le dije.» (No dejemos de reparar de pasada en la connotación filosófica de *animal irracional*).

Al léxico de la anatomía corresponden también algunos térmi-

<sup>5</sup> En *Despréaux ou la satire des satires* (1666), sátira donde Cotin se venga de Boileau, quien a su vez le había hecho objeto de sus dardos, una acusación recurrente en la censura a Boileau Despréaux es el continuo pillaje de los textos latinos de Horacio y otros. Entresaco algunos versos: «Je n'ai pas, comme lui, pour faire une satire, / Pillé dans les auteurs ce que j'avais à dire / (...) J'appelle Horace Horace, et Boileau traducteur. / Si vous voulez savoir la manière de l'homme, / Il applique à Paris ce qu'il a lu de Rome; / Ce qu'il dit en français, il le doit au latin, / (...) Horace invente bien, Despréaux le traduit. / (...) A ses vers empruntés la Bejar applaudit, / (...). El texto lo tomo de Boileau (1935). Parece claro que el recurso a la fuente que vemos en Larra formaba parte de la tradición de la sátira.

nos de los empleados en los contextos más cómicos, desde la parienta «que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una *excrecencia* bastante visible sobre entrambos *omoplatos*», hasta la dificultad para encontrar las *coyunturas* («fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos *anatómicos* del victimario») del ave sometida a *autopsia* (palabra que no recogen los Diccionarios académicos hasta 1869).

A Fígaro lo sientan a la mesa: «Colocáronme, por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres (...)». El latinismo *adlátere*, acompañado de un término culto que ha ido a parar a la meteorología (*turbulencia*), no dejan de causarnos un risueño estupor referidos a un inquieto chiquillo.

*Víctima* y *victimario* son términos pertenecientes al lenguaje sacrificial religioso, y sorprende verlos empleados en el vulgar acto de trincar ese volátil del que no podemos llegar a saber si es *gallo* o *capón*.

En esa indeterminación referencial podríamos quizá ver la huella de uno de los clásicos a los que Larra debió leer con más atención: creo que se la podía relacionar con la de la sotana del Licenciado Cabra en *El Buscón* de Quevedo: «según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era». Expresión en la que lo humorístico procede del contraste entre la nobleza del término (*milagrosa*) y la vileza del referente (sotana vieja y gastada). En realidad, Quevedo, con formulaciones como la citada o aquella del mismo capítulo: «Comieron una comida *eterna*, sin principio ni fin» (donde se utiliza un concepto teológico para referirse, a través de una operación lógica, a la ausencia de comida), podría ser el autor del que toma Larra el procedimiento de humor satírico que estamos estudiando. En el texto de Boileau el ave es claramente un gallo, pero los comensales, para adular al anfitrión, le llaman capón. Por esa discrepancia con respecto a la fuente básica le damos tanta importancia al precedente quevediano. Y así Quevedo sería, tanto como Boileau u Horacio, uno de los inspiradores del milagro estético que constituye *El castellano viejo*.

En medio de la catástrofe producida por el infeliz vuelo del ave *prófuga* (término propio del lenguaje judicial), el trinchador intenta alcanzarla: «y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su *posición*

*perpendicular*, derrama un abundante caño de Valdepeñas (...). Aquí es un término de la geometría el que contribuye a intensificar, por contraste con lo desastrado de la situación, la comicidad expresiva.

Pero el momento donde la utilización de un cultismo genera una expresión auténticamente hilarante (y que en nuestro caso ha desencadenado toda esta indagación) es cuando un Fígaro, al borde ya del colapso, nos cuenta: «don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las *indelebles* señales de sus labios grasientos». El Diccionario Académico de 1832 define así el vocablo: «Lo que no se puede borrar o quitar. Se usa comúnmente hablando del carácter que algún sacramento imprime en el alma». Con lo que de nuevo nos encontramos con un término de alta reputación teológica para hacer referencia a una realidad de vulgaridad impar.

No es éste<sup>6</sup> el único procedimiento humorístico que utiliza Larra en su artículo. Como de costumbre aparece la acerada ironía que es condición *sine qua non* del estilo de nuestro autor («Colocáronme, por mucha *distinción*, entre un niño de cinco años (...); «el señor gordo de mi derecha había tenido la *precaución* de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas [aceitunas], y los de las aves que había roído», etc.). Pero, además, hay momentos de dinamismo expresivo que contribuyen a provocar la risa. Éste, por ejemplo, relacionado con la puntualidad:

«era citado a las dos y entré en la sala a las dos y media (...) dieron las cuatro y nos hallamos todos los convidados (...)

—Supuesto que estamos los que hemos de comer —exclamó don Braulio— vamos a la mesa, querida mía.

—Espera un momento —le contestó su esposa casi al oído—. Con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...

—Bien, pero mira que son las cuatro.

—Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.»

O este otro, en que el banquete degenera en auténtico pandemonium:

«El susto fue general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inun-

<sup>6</sup> También lo había utilizado parcialmente en «El hombre-globo» —con el lenguaje de la física—, y «La planta nueva» —con el de la botánica—, respectivamente.

dar mi limpiísima camisa: levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descendiendo, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión.»

Que no deja de recordarnos la trifulca en torno al yelmo de Mambrino que se produce en el capítulo XLV de la primera parte del *Quijote*:

«El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Lucinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba a Sancho, Sancho molía al barbero, don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y en mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria de don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo, con voz que atronaba la venta: —Ténganse todos; todos envainen; todos se sosieguen; óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.»

Acaso podríamos pensar que hay en el texto un exceso de elaboración para un tema menor (crítica de la mala educación). Pero no debemos olvidar que la sátira es un género donde predomina lo formal, la troquelación verbal memorable de censuras esperables (Quevedo, en este sentido, es paradigmático). Citamos a Vicente Cabrera:



«La sátira como género literario produce sus efectos no necesariamente por la novedad de las ideas que contiene, sino sobre todo por la técnica con la cual son presentadas aquéllas; aún más, al artista satírico poco le importa la originalidad de las mismas. Su éxito, él lo sabe muy bien, radica en la forma precisa y efectiva que ha de manipular para, vitalizando dichas ideas, ganar la paciencia, la simpatía y el respaldo del lector»<sup>7</sup>.

Con lo que retornamos a la idea de que partíamos al comienzo de este escrito: que se trata no sólo de uno de los artículos más felices y divertidos de Mariano José de Larra, sino también de uno de los sujetos a mayor elaboración literaria, y en el que percibimos cómo nuestro autor se tenía muy bien leídos a sus clásicos: españoles, franceses y latinos.

#### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Benítez, Rubén, ed. (1979). *Mariano José de Larra*, Taurus, Madrid.  
 Boileau (1935). *Oeuvres poetiques* (extraits), Hachette, Paris.  
 — (1952). *Oeuvres*, Classiques Garnier, Paris.  
 Cabrera, Vicente (1977). «El arte satírico de Larra», en Benítez, Rubén, ed. (1979).  
 Horacio (1974). *Sátiras*, 1 y 2, Bosch, Barcelona.  
 Horacio (1992). *Obras completas*, ed. Alfonso Cuatrecasas, Planeta, Barcelona.  
 Lapesa, Rafael (1977). «El beodo frente al literato en San Agustín y en Larra», en *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Gredos, Madrid.  
 Larra, Mariano José de (1981). *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Planeta, Barcelona.  
 — (1982). *El doncel de don Enrique el Doliente*, ed. José Luis Varela, Cátedra, Madrid.  
 Lázaro Carreter, Fernando (1981). «Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial», en *Academia Literaria del Renacimiento*, I: *Fray Luis de León*, Salamanca.  
 Senabre, Ricardo (1962). «Boileau, inspirador de Larra», en *Strenae. Estudios dedicados a Manuel García Blanco*, Universidad, Salamanca.  
 Trueblood, Alan S. (1961). «El castellano viejo y la sátira III de Boileau», en Benítez, Rubén, ed. (1979).

<sup>7</sup> P. 296. Por cierto que, en su estudio de la técnica satírica de Larra, en dos momentos roza V. Cabrera el procedimiento que hemos estudiado: cuando habla de «expresiones (...) que no coinciden con los objetos a los que se refieren» (p. 302) y de «expresiones latinas cuyo efecto irónico proviene de su presencia contrastante en un contexto frívolo» (p. 303). Pero, a pesar de ello, su estudio, espléndido, se mueve por otros derroteros.

BLANK PAGE